

## VIOLETA PARRA EN EL PEDAGÓGICO

No olvido el año de 1958: habiendo concluido mis estudios de enseñanza secundaria en el Liceo de Hombres de La Serena y rendido mi Bachillerato en Letras (prueba habilitante para acceder a la Universidad) me inscribí en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para iniciar mis estudios de Pedagogía en Castellano. Fue en ese año en que conocí a Violeta Parra, en circunstancias que relataré en las páginas siguientes. Antes quiero referirme a otro suceso también relacionado con la figura de nuestra inolvidable folklorista.

Corría el año de 1955. Yo cursaba 4° Año de Humanidades . Tenía 15 años y nunca había viajado a Santiago. Mi madre, por razones profesionales -era funcionaria de Correos y Telégrafos de Chile- tuvo que viajar a Santiago, y me llevó a mí. Tomamos el tren en la estación de FFCC de La Serena, hicimos el trasbordo en La Calera y arribamos a la Estación Mapocho. Alojamos en una pensión de la tercera cuadra de la calle Cueto, muy cerca del centro capitalino. Al segundo día otros pensionistas nos invitaron a salir para presenciar un espectáculo de variedades en un local cercano a Avenida Matta.

El Teatro Pigalle era un local ubicado en la calle San Ignacio, una cuadra al sur de Avenida Matta. Algo lejos del centro santiaguino. El espectáculo era parecido al que años después montó el guitarrista Óscar Arriagada con su show 0007. El espectáculo de Arriagada era móvil: viajaban de ciudad en ciudad presentando en vivo a artistas populares de la canción -que sonaban en la radio en esos tiempos- junto con sketch humorísticos y vedettes ligeras de ropa. El del Pigalle prescindía de esta última característica, propia de una época más conservadora en las costumbres. De esa función conservo en mi recuerdo a artistas internacionales, como a Héctor Varela y su Orquesta Típica, con la voz de Argentino Ledezma; de Brasil, Carlinhos y su Bandita -aunque argentino de nacimiento- (con temas como La loca de amor, Salud, dinero y amor, Damisela encantadora y otros). Del ámbito nacional, un novel humorista, Jorge Romero -Firulete- hacía sus primeras armas; el dúo femenino de Doris y Rossie era presentado como las sucesoras de Sonia y Myriam.

El espectáculo tendría una duración de entre una hora y media o dos. La parte final estaba destinada para la música folklórica nacional. Entonces es anunciada una cantante -cantora le gustaba que le dijeran- que comenzaba a ser conocida. Se llamaba Violeta Parra; poseía una voz grave, no tan del gusto general, pero sumamente afinada. Estoy convencido de que ella poseía lo que los músicos denominan el "oído perfecto". Era investigadora autodidacta, folklorista y "cantora" popular, amén de eximia compositora tanto de la melodía como de las letras de sus canciones. Una poetisa notable, aunque a las poetisas les encanta que las tilden más bien de "poetas". Una mera cuestión de semántica antes que de género. Su hermano Nicanor Parra fue un poeta docto, erudito, que a veces escribía desaliñadamente (de forma intencional) sólo "por bajar de los Olimpos" y fundirse con los humanos. Así y todo propongo esta prueba: ¿Quién de ustedes puede recitar una poesía de Nicanor Parra? No obstante, todos sabemos la letra de "Gracias a la vida", de su hermana la folklorista.

Cuando se anuncia su presentación, se produce un hecho desconcertante y deprimente a la vez: el público abandona sus aposentaduras casi en su totalidad. Sólo quedamos una treintena de personas. Calmadamente y con resignación se dirige a los pocos y restantes asistentes diciendo algo parecido esto: Distinguido público, con mi mayor entrega y cariño voy a interpretar mis canciones para **los únicos chilenos** que esta noche asistieron a este teatro. Y la escuchamos con respeto y premiamos su fervorosa entrega profesional con

los aplausos de treinta personas, cuyos sones fueron dignos de un coliseo colmado.

Tres años después (en 1958) yo debo radicarme en Santiago para iniciar mis estudios universitarios. En ese tiempo no existían las universidades provinciales. En Santiago dominaban la Universidad de Chile y la Católica, junto con la Universidad Técnica del Estado (hoy, Universidad de Santiago). En Valparaíso sobresalía la Universidad Santa María. Hacia el Sur sólo existía la Universidad de Concepción. De manera que la opción más factible para un provinciano era acceder a alguna universidad de la capital de Chile. Tuve suerte en llegar a un Pensionado universitario, dirigido por el sacerdote Óscar Larson, ubicado en Macul N° 521, exactamente frente al Instituto Pedagógico, lo que ofrecía todas las ventajas de la cercanía, prescindiendo del desplazamiento en microbús y del costo concomitante, aunque el Carnet Escolar nos permitía recorrer todo Santiago a un precio insignificante. El Pensionado era muy bueno y barato: teníamos piezas individuales y las 4 comidas del día. El valor, realmente insignificante: algo equivalente a unos \$ 15.000 actuales. Obviamente, un valor nominal. Como contrapartida, debíamos comprometernos a laborar en liceos fiscales, una vez que nos graduáramos.

Por razones económicas y de distancia, preferíamos los provincianos, durante las vacaciones de invierno y la de Fiestas Patrias, quedarnos en Santiago. De esta manera evitábamos gastos extras por el desplazamiento a nuestros hogares y luego el regreso a Santiago. Eso hicimos en las vacaciones de invierno y lo quisimos replicar en las dos semanas de asueto por Fiestas Patrias. Fue entonces cuando un compañero de curso, Eugenio Guzmán, nos propuso el siguiente plan: Compañeros, muchos de nosotros somos de provincia y por razones económicas debemos quedarnos sin regresar a nuestros hogares. Yo soy originario de Chillán y conozco a Violeta Parra. Si ustedes están de acuerdo, yo me puedo contactar con ella. Sé que vive con sus hijos Isabel y Ángel en la calle Ejército aquí en Santiago. Le puedo pedir que nos adiestre básicamente en los rudimentos de la cueca chilena. De esa manera, podríamos nosotros acudir a las ramadas del Parque O'Higgins y entretenernos un poco.

Obviamente, su propuesta fue aprobada unánimemente y ansiosos esperamos el resultado de su gestión. El que fue positivo: por una pequeña remuneración (que obviamente podíamos solventar) accedió a impartirnos seis clases en la semana inmediatamente anterior a la del 18 de septiembre. Conseguimos una sala de clases del Instituto Pedagógico que acondicionamos como la pista de aprendizaje del baile nacional.

Me sorprendió su pedagogía autóctona y autodidacta: en seis sesiones de una hora cada una nos inició en el conocimiento y práctica de nuestro baile nacional. No utilizó tocadiscos ni los pickups de entonces. Sólo su voz y su guitarra, estrenando una cueca que se llamaba La Mariposa:

Ayay soy como la mariposa,  
ayay que anda alre' dor de la vela,  
ayay que anda alre' dor de la vela,  
ayay aunque me queme las alas,  
ayay siempre estoy de centinela,  
ayay soy como la mariposa.  
Como la mariposa que va volando,  
tengo mis amorcillos de vez en cuando,  
como la mariposa que va volando.

De vez en cuando sí, la mariposa,  
tiene sus amorcillos de cualquier cosa,  
¡qué bonita y preciosa, la mariposa!

<https://www.youtube.com/watch?v=EYtmDGtER5s>

En la primera clase no bailamos nada. Nos explicó el sentido de la cueca, el metro de la letra y nos advirtió que para bailar auténticamente la cueca había que poner la gracia e iniciativa del "bailaor". Cada uno debe descubrir su propio estilo y amoldarlo con los pasos tradicionales, nos dijo. Ese día no bailamos (¿Cómo podríamos haberlo hecho si era la primera clase y éramos unos ignorantes en nuestra música patria?). Sólo caminando seguimos la coreografía, corrigiendo ella permanentemente la postura y manejo del pañuelo. Nos inculcó el valor de la mirada a los ojos de la pareja. De alguna manera, la coreografía de la cueca es un juego de seducción masculina y de insinuación femenina.

No me pidan a mí que baile una cueca como Dios manda. Aunque haya tenido una maestra excelsa no siempre la arcilla que moldea es maleable. No es culpa del maestro, sino de las limitaciones del discípulo: "Lo que natura non da, Salamanca non presta".

Dominaba a la perfección tanto los pasos de la mujer como los del varón. Hasta nos enseñó el zapateo de punta y taco, que sí aprendí. Pero es muy cansador; con una sola cueca quedo K.O. Por lo demás, el punta y taco debe bailarse en una pista de madera, de manera que resalte el zapateo. No resulta en absoluto en una pista de tierra o en el parquet de un gimnasio, en el cual se obliga a bailar con zapatillas- ¡Imposible zapatear de punta y taco so pena de terminar con el dedo gordo hecho papilla!

No pudo asistir a la sexta y última clase, pero envió a su hija Isabel para culminar el curso. La última sesión fue más bien de práctica de todo lo aprendido en esa inolvidable semana de iniciación a la cueca.

En el Parque O'Higgins Violeta levantó una ramada donde ofrecía música típica de Chile y comida y tragos nacionales. En agradecimiento por sus lecciones nos ofrecimos para trabajar ad honorem en su carpa como garzones atendiendo al público asistente. Ella accedió a nuestra proposición. Así, como éramos varios, nos turnábamos para el servicio. Los que quedaban libres aprovechaban de poner en práctica lo aprendido con ella en el Pedagógico.

Sé que Violeta está en los Cielos. Y sé que me escucha cuando le digo que fue un honor para mí tenerla como maestra, aunque fuese por una semana, y que perdone a su discípulo tan descoordinado y tan tieso para bailar.